

D O S S I E R

Regreso a la “actividad motriz espontánea”¹

JOSÉ ÁNGEL RODRÍGUEZ RIBAS

Médico. Psicoanalista. Psicomotricista. Doctor en Psiquiatría. Miembro de la ELP de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Formador de Práctica Psicomotriz de la AEC-ASEFOP (Barcelona). Profesor de la Facultad de Ciencias de la Actividad Física (Univ. Gales-EADE, Málaga). Director del curso Experto en Desarrollo Psicomotor (UCJC/MEDAC/ASEFOP. Málaga). Socio de la APP.

1. Este artículo forma parte de un texto de próxima edición titulado “Psicoanálisis para Psicomotricistas”.

2. La *regla fundamental* del psicoanálisis, la denominada *asociación libre* invita a alguien en el tratamiento a decir todo lo que se le ocurra, sin omitir nada, por mucho pudor o vergüenza que provoque. Este proceder es debido a que por un lado permite el afloramiento de los contenidos y formaciones inconscientes como el equívoco, el lapsus, el olvido, etc. Pero por otro, permite registrar, simultáneamente, los mecanismos de defensas y resistencias que puedan oponerse a esta emergencia.

Si el concepto de *actividad motriz espontánea* (AME) merece ser traído a colación es debido al lugar que ocupa en la fundamentación de la Práctica Psicomotriz, de manera que sería inconcebible pensar en esta mediación sin recurrir al mismo. No en vano es de las pocas nociones cuyo sentido y campo semántico apenas se han modificado a lo largo de los años, manteniendo su vigencia. Este hecho de partida ya merece sobradamente su recordatorio y puesta al día. El otro argumento que justifica su presentación obedece a la similitud estructural que muestra con la *asociación libre*², freudiana, hasta el punto de poder afirmar que *la actividad motriz espontánea es la asociación libre, traspolada a niveles de acción*. De ahí que hayamos puesto ambos conceptos en serie a la hora de analizar puntos privilegiados entre estas disciplinas.

El concepto de la AME como *manifestación de la globalidad del sujeto*, de su ser y estar en el mundo así como expresión de su identidad más genuina, ya se encuentra en las tempranas obras de Lapierre y Aucouturier. Lo explican: *Actividad Motriz Espontánea: puerta a la creatividad sin fronteras, libre expresión pulsional a niveles imaginarios y simbólicos* (Lapierre y Aucouturier, 1977:20).

D O S S I E R

La actividad motriz espontánea está en contacto directo con el inconsciente. Bajo este enfoque el “hacer cualquier cosa” toma un sentido, una significación, que es más una finalidad (Lapierre y Aucouturier, 1980: 11).

A menudo se ha considerado la AME como equivalente al *juego libre* infantil; pero a pesar que encontramos numerosas conexiones entre ambos conceptos, desde nuestro parecer no son exactamente lo mismo. En el juego se mantiene la volición y conciencia de su intencionalidad (Mauss, 1979; Huizinga, 1990), *el proyecto de juego*, independientemente de la tipología de acciones, de su sentido desconocido o, incluso, de las habilidades empleadas. Sin embargo la AME pretende poner el acento precisamente en lo contrario, en las acciones llevadas a cabo cuando no existe una atención sobre su finalidad o resultado último. De ahí que lo más característico suyo sea su falta de organización, o mejor dicho, *su intención es su falta de intencionalidad* concreta, de modo que haga de la exploración, la búsqueda o la sorpresa su motivación inherente. En este sentido *cualquier expresión motriz*, desde la más banal hasta la más inverosímil, *a poco que se tenga conciencia de ella, puede entrar a formar parte de este discurso* si este es tomado como una red simbólica que acogiendo dichas producciones, además, posibilita la emergencia del inconsciente y su historia. En el salto, el giro, la caída, el trazo, el gesto, la mímica emocional, el disfraz, el montaje, en el júbilo, la palabra afectiva, el sonido, pero también en las repeticiones de la frase motriz,

en sus omisiones o en la inhibición de la acción, etc., pueden darse a conocer tanto el sistema de relaciones establecidas, como las formaciones que revelan algo de la verdad del deseo que pugna por manifestarse.

Con lo que tampoco, desde otro lado, deberemos *confundir la AME con la pura actividad instintiva o exploratoria*, que llevan a cabo los infantes en edades muy tempranas y cuyo despliegue evolutivo sigue un patrón de respuesta determinado por estímulos neuroperceptivos. Es cierto que en numerosas ocasiones se ha potenciado la idea que en el impulso, en el acto y su descarga, *el sujeto se expresaría de forma más verdadera que por medio de la palabra*: como si la esencia última de la subjetividad humana fuera su mera carnalidad (Merleau-Ponty, 2000). El inconveniente de esta hipótesis -que en ciertas corrientes fenomenológicas llegó a tener visos cercanos a la mística-, es confundir el hecho de hablar, de racionalizar incluso, con el hecho que la naturaleza humana no pueda comprenderse sin el universo simbólico que le acoge y al que se vincula. Afortunadamente, y ya desde los primeros estudios sobre la histeria, Freud mismo pudo comprobar que si la palabra miente el cuerpo también lo hace, y viceversa. Es decir, que *tanto el cuerpo como la palabra*, en tanto soportes de la subjetividad *son portadores de su propia verdad... y de su mentira*.

Cercana a la posición anterior aunque ligeramente diferente, estaría la que preconiza la existencia de *una simbólica del movimiento*. La

D O S S I E R

suposición de un inconsciente evolutivo, y colectivo, compuesto de *arqui-huellas mnémicas* o trazos antropológicos arcaicos elevados al rasgo identificador de nuestra especie, traería de suyo el que determinadas acciones motrices llevarían implícitas una significación, un sentido previo, un índice muy preciso de la subjetividad de quien las ejecuta haciendo del *cómo su porqué*. Cuando lo real es que, debido a la propia *polisemia del lenguaje* que constituye lo humano –quitando los signos de comunicación convencionalmente aceptados– *no podemos saber, de entrada, qué es lo que significa algo que alguien emite*. La conclusión lógica es que por mucho que se pretenda, e incluso se añore, no hay ni habrá un diccionario de la expresividad motriz.

Sigamos. Si admitimos, como hicieron Lapierre y Aucouturier, el hecho que *cada sujeto es único*, original e irrepetible (a pesar de sus similitudes orgánicas, fenomenológicas o psicosociales), es decir, que *no existen dos cuerpos iguales* (Rodríguez Ribas, 2011) y que además, inherente a cada quien existe esa instancia llamada *inconsciente*, hecha de significantes, de algunos goces, de imagos o de letras primarias, desconocidas pero constituyentes, deberemos razonar que tanto la expresividad como la verbalización, *la acción como la dicción*, son los efectos *manifiestos* de ciertos deseos inconscientes reprimidos, *latentes*. Deseos que solo pueden comprenderse siguiendo los procesos que regulan el paso del inconsciente a la conciencia según las leyes que rigen el destino de las representaciones: *la con-*

densación y el desplazamiento en Freud (1900 y 1901), o *la metáfora y la metonimia* en Lacan (1953). Ahora bien, como *a priori* no podemos saber el camino o los encadenamientos que van a tomar dichas representaciones en cada sujeto a la hora de hacerse presentes a la conciencia, es por lo que no podremos afirmar de manera taxativa *qué manifestaciones serán efecto de una causa concreta*. Lo cierto es que habiendo una relación causal, aunque no sea “directa”, solo podremos saber de ella *a posteriori*, cuando hayan sido analizadas y observadas sus asociaciones y articulaciones expresivas. El resultado es que cuando se habla de lo psíquico, *no puede haber un pronóstico fijo e inmutable*.

Eso no quita, por el contrario, que no debamos estar bien advertidos contra *la idealización de una supuesta espontaneidad o libertad originaria*, inmanente a los humanos. Por varias razones: primera, porque si bien la cantidad de palabras, de gestos, que disponen los sujetos es mucha, muchísima incluso, dicho depósito no es infinito; además, hay que recordar el hecho que cada gesto o palabra toma un valor muy determinado para cada sujeto. Y por último, ya expuesto, por la propia organización inconsciente del universo psicosomático del individuo. De ahí se puede deducir que *las posibilidades combinatorias, narrativas o discursivas* que cada quien despliega en su expresividad verbal o motriz, tienen sus limitaciones, son finitas. Por eso el cuerpo del sujeto, el de los humanos, será siempre *incompleto e inconsistente* (Rodríguez Ribas, 2011): *de ahí, la riqueza* de sus posibilidades.

D O S S I E R

Las situaciones se ordenan alrededor de un tema consciente o inconsciente lo que da la sensación de una falsa libertad (Lapierre y B. Aucouturier, 1977:20).

El dispositivo de la AME³, como requisito previo a un sistema de acciones y actitudes psicomotrices, aportó con el tiempo consecuencias teórico-prácticas de hondo calado, pues si de un lado implicaba hacer de la AME *la manifestación de la subjetividad más particular* de las niñas y niños; por añadidura surge otra deducción más trascendente, si cabe: que *el hacer y el decir, lo verbal y lo no-verbal tienen una estructura similar*, un soporte simbólico que les es común: lo que les convierte en *caras de una misma moneda*. Y que según *los recursos que cada sujeto disponga* habrían algunos de ellos –por ejemplo, las niñas y niños– que se manifestarían “preferentemente” en el hacer y otros, como los adultos, que lo harían en el decir. Eso no quita, precisamente, lo contrario. Visto así, *regresar a la AME* resulta hoy tanto más necesario que nunca, máxime si el cuerpo de las niñas y niños contemporáneos es tomado, en numerosas ocasiones, como un proyecto de futuro al que programar, atender y estimular precozmente con el objetivo de una eficacia madurativa y evolutiva que, lamentablemente, no respeta ni su ritmo, ni su *quietud*, ni el deseo subjetivo que animan sus acciones y aprendizajes.

3. Atribuible a los fundadores de esa psicomotricidad que vendría a nombrarse como *relacional o vivenciada*; aunque previamente analistas como A. Freud, M. Klein, J. Lacan o el mismo D. Winnicott, ya se refirieron al valor del juego espontáneo.

En resumen, podemos concluir afirmando que tanto *la actividad motriz espontánea como la asociación libre*, son de los *medios más privilegiados de intervención* educativa o clínica en el proceso de construcción subjetiva. A condición que dicha expresividad somato-psíquica se despliegue *bajo presencia de un Otro* (Rodríguez Ribas, 2013), que es quien, *acompañándole*, transmitirá sentido a sus acciones y dichos a base de proporcionarle afectos, palabras, fantasías y, fundamentalmente, deseos.

Que son los que nos dan la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Aucouturier, B.** (2004). *Los fantasmas de acción y la práctica psicomotriz*. Barcelona: Graó.
- Aucouturier, B.; Darroult, I. y Empinet, J. L.** (1985). *La práctica psicomotriz. Reeducción y terapia*. Madrid: Científico-médica.
- Freud, S.** (1992). *Obras completas: La Standar Edition*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Huizinga, J.** (1990). *Homo Ludens*. Madrid: Alianza.
- Lacan, J.** (1990). *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Lapierre, A. y Aucouturier, B.** (1977a). *Simbología del movimiento*. Barcelona: Científico-médica.
- ___ (1977b). *La educación psicomotriz como terapia (“Bruno”)*. Barcelona: Médica y Técnica.
- ___ (1980). *El cuerpo y el inconsciente en educación y terapia*. Barcelona: Científico-Médica.
- Mauss, M.** (1979). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Merleau-Ponty, M.** (2000). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.